

**María Adelia Díaz Röner,**  
***La aldea literaria de los niños***  
**Córdoba**  
**Comunicarte**  
**2011**  
**268 pp.**



Por Daniel Nimes<sup>1</sup>

La autora del libro, María Adelia Díaz Röner (1939-2010), fue una destacada investigadora, crítica y docente dentro del campo de estudio al que pertenece este libro: la literatura infantil. Su aporte fue clave, en décadas pasadas, para introducir una lectura del discurso literario relacionado con la infancia dentro de su propia especificidad discursiva. En particular podemos destacar su pionero libro *Cara y cruz de la literatura infantil*, de 1988, como un momento trascendente para la reflexión sobre el campo.

*La aldea literaria de los niños* es un libro extraordinario (*fuera de lo ordinario*, de lo común), en varios sentidos, y que continúa, profundiza y explota aquellos primeros lineamientos que encontramos en *Cara y cruz*. ¿Qué es lo *fuera de*, lo extraordinario? En primer lugar, este libro póstumo, pero pensado en vida por la autora constituye, podríamos decir, una especie de legado, no tanto por su valor testamentario (“lego mi conocimiento a...”) sino por su valor *proyectivo*: es un libro que sienta bases para la investigación, establece criterios, delimita el campo, determina sus atractivos, sus problemas históricos y las cuestiones centrales que convoca: lo popular, la mediación, el poder (institucionalizado o no, histórica e ideológicamente variable), lo hegemónico y lo subalterno, la marginalidad, el control, la censura y la autocensura. El término “legar”, antiguamente, quería decir ligar, atar: Díaz Röner *lega* porque ata, une conceptos provenientes de diversos campos y los utiliza y resignifica para darle espesor teórico a los análisis sobre su objeto particular. *Legar* porque nos une –a nosotros, lectores– con un campo de conocimiento que suele quedar desprendido de la academia, marginalizado por amplios sectores de la reflexión literaria (como puede notarse en su frecuente ausencia en toda historia de la literatura. Es

<sup>1</sup> Estudiante avanzado del Profesorado en Letras (UNMDP). Contacto: danielnimes@yahoo.com.ar.

destacable, en este sentido, la inclusión de un artículo de Díaz Rönnner, en el año 2000, en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigida por Noé Jitrik).

En segundo lugar es extraordinario, también, porque permite leer en los textos que lo componen una personalidad, la de Díaz Rönnner, siempre en combate contra las prácticas de servidumbre, los tutelajes, las sujeciones epistemológicas que han acorralado históricamente a la literatura infantil y a la reflexión en torno a ella. *La aldea...* es, así, un libro combativo, con un vigor notable: combate desde el contenido (y nos permite ver allí lo impecable de una carrera de investigación y de docencia dedicada a un mismo objeto de estudio) y desde la forma: el lenguaje utilizado por María Adelia es corrosivo, explosivo incluso: “el desafío de los estudiosos es (...) desestigmatizar esa noción de idiota transparencia que acarrea lo infantil y empeñarse en descifrar el tiempo real que respiran sus discursos literarios” (143). Un lenguaje punzante, que puja por fortalecer el campo de la literatura infantil y construir su andamiaje de estudio, con una visión amplia que le permite acarrear conceptos provenientes de diversos campos teóricos para ponerlos en discusión y resignificarlos en torno a las especificidades propias del campo de la literatura infantil. Si Díaz Rönnner reconocía una “hambruna teórica”, una carencia de marcos teóricos y dispositivos críticos en torno de su campo de estudio, es su propio libro el que, de alguna (gran) manera viene a combatir ese vacío, a fundar bases teóricas y un dispositivo crítico fuerte que, como dijimos, sirve no sólo para sumergirse en el estudio de la literatura infantil, sino para colocarse en él con más certezas, con un respaldo que impulsa y sostiene a la hora de encarar esa literatura que “constituye un universo estético, ideológico y social en constante beligerancia” (201).

Beligerancia, combate, enfrentamientos: conflictos internos y externos, doble lucha: por un lado contra los que otorgan un lugar minoritario, marginal, a la literatura infantil y, por otro, contra los que, ocupándose del propio campo, lo colocan en una posición de incomodidad, en la que prima la pedagogización de la literatura, su “abuenización” (el neologismo es de Díaz Rönnner), aquellos que corroen por dentro el propio campo y proponen una mirada cristalizada, insípida que, en rigor, esconde relaciones de poder, asimetrías entre los sujetos emisores y mediadores (los adultos) y los receptores (los niños). Para abordar esa asimetría propondrá, entre otros conceptos, repensar las nociones de *habitus* de Bordieu y de *estructura de sentimiento*, de Raymond Williams, en relación con las especificidades y particulares del devenir histórico de la construcción de una idea de Infancia y de la literatura asociada a ella.

El título del libro cobra su real significado cuando leemos en “Contrabando discursivos en la aldea literaria de los niños”:

conjeturemos un tipo de Aldea donde vivan la Infancia y los chicos, más los escritos literarios para ellas/os, y donde, sin lugar a dudas, está instituida y configurada una jurisdicción, la de los Adultos, con sus maniobras de control sobre las propias prácticas sociales de reproducción y conservación. Es decir que homologo ALDEA = INFANCIA + ADULTOS que suben y bajan la barrera de lo permitido, de lo concedido a los niños. Y esa sencilla noción de aldea me permite, en esta oportunidad, incorporar, dada la arbitrariedad de sus callejuelas, la idea de *contrabandos discursivos* que en ellas circulan. En la definición que conocemos del término *contrabando* se vinculan dos palabras poderosamente significativas: *prohibición* y *fraude*. (96)

La autora analizará esos “contrabandos”, esas prácticas de los adultos que de algún modo conforman una estafa al sujeto niño-lector: la imposición de la pedagogización de exclusivo mensaje formativo será un fraude porque implica, de algún modo, un *saqueo*: se llevan lo mejor, el botín (vale decir: lo literario, la riqueza del lenguaje, de las imágenes, de la construcción verbal no llana) y dejan una estructura raquílica, cuyas enclenques ramas no son sino “instancias programáticas institucionalizadas que, en general, tienden a presentar la maqueta del universo imaginario adulto” (97).

Inestabilidad, clandestinidad, marginalidad son propiedades que Díaz Rönner reconoce como parte de la práctica de quienes encaran el trabajo sobre la literatura infantil (ella se llamará a sí misma, incluso, una *outsider cultural*). Pujará por sobrepasar, en el trabajo crítico, los límites de la valorización favorable o desfavorable para los textos que van apareciendo en el mercado editorial y propondrá una crítica que considere en profundidad las propiedades estético-literarias de dichos textos y los relacione con el campo cultural (de allí su avidez por estudiar no sólo la literatura infantil, sino también por explorar las construcciones de la Infancia y por “alcanzar una cierta claridad de entendimiento ante ciertas problemáticas que emergen del género literario infantil, tales como transculturación, hibridación, mercado, recepción, ideología, sociedad, por ejemplo. (...) es posible que sólo la claridad en el discernimiento de los tópicos de reflexión esenciales del género no sea suficiente” (41). Es decir, se trata de profundizar y ampliar constantemente la mirada, de abordar el género como lo que realmente es: Literatura.

Asimismo, no es menor el lugar que ocupa en el libro la reflexión acerca de los quehaceres de la crítica literaria, de los académicos y de todos los mediadores que giran y confluyen en torno a la literatura infantil (escritores, docentes, editoriales, bibliotecarios, promotores de la lectura, etc.). Y también su ojo atento abarca los avances en la ilustración, las transformaciones del canon, la relectura de los clásicos (Perrault, Andersen) y traza en forma constante series literarias, con una mirada puesta, particularmente, en la literatura infantil nacional (aunque, por supuesto, considerando sus relaciones con toda la literatura). Es destacable el trabajo “La literatura infantil: poder e hibridación” que, como señala Gustavo Bombini, “despliega todos los ítems necesarios de una investigación histórica de la literatura infantil argentina desde 1950 a 1976” (17). Cada uno de sus textos, en general, no sólo resulta interesante por el análisis mismo de los objetos o conceptos abordados, sino porque se vislumbra en ellos un modo de trabajar lo literario infantil que abre una brecha con ciertas formas ya perimidas (las que hemos mencionado como “combatidas” por Díaz Rönner) y propone un análisis profundo y rico, que iguala –en cuanto a su relevancia– el estudio de la literatura infantil con el estudio de cualquier otra forma de literatura.

Un párrafo aparte merecen quienes hicieron posible la salida de este libro: la editorial Comunicarte (con cuya editora, Karina Fraccarolli, María Adelia ya había combinado la publicación), Lucila Díaz Rönner, hermana de la autora y figura clave a la hora de hallar manuscritos y archivos inéditos y Gustavo Bombini, encargado no sólo de escribir el prólogo, sino también de darle la forma final al volumen, ordenarlo. Se contaba con un esquema, un índice elaborado a mano (cuya fotografía aparece al final del prólogo) por la propia autora pero luego se sumaron textos que no figuraban allí, inéditos. Bombini logra otorgarle homogeneidad al volumen que conforma, como él mismo dice en su prólogo, “un proyecto intelectual que da cuenta de la complejidad de un campo vacante en

investigaciones, parco en crítica, de reflexiones embrionarias pero rico y prolífico en producciones”, que “en principio es individual [pero] deviene en una invitación persistente e insistente a que participemos de él” (26). Mención especial también merece el diseño de portada, a cargo de Istvansch, con su ventana por la que se filtran los múltiples colores de un campo literario y de estudio riquísimo, y su tapa desplegable, que se extiende, se vuelve vistosa, llamativa, imposible de eludir o soslayar. Acaso así también era Díaz Röner y, también, el libro que nos legó (otra vez la palabra). Al referirse a un listado de autores de su gusto –teóricos de la sociología, filosofía y la literatura-, María Adelia trae a colación las palabras de Borges, quien estimaba que la condición del “maestro” es ayudar a pensar. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que para quienes fuimos sus alumnos, compañeros de trabajo y –antes y ahora– sus lectores, María Adelia está revestida, indudablemente, de tal condición.